

El Caudillo en Cayón

Una modesta estampa marinera se ha interpolado, graciosamente, en las trayectorias triunfales del jefe del Estado. Una estampa humilde y grandiosa, a la vez, en la que la cúspide del poder se inclina hasta tocar con la raíz.

Cayón es un minúsculo pueblo de pescadores gallegos. Como tantas otras colmenas marineras, que anidan en los escolzos costeros de Galicia, en los festones de nuestra orla oceánica. Cayón, como Combarro, como El Grove, como Carril, como Muros, como Bouzas hace cincuenta años.

El Caudillo partió con los marineros la palabra y el pan.

Le ofrecieron como tribuna uno de esos balcones azules, del que cuelgan las espigas en otoño; del que se cuelga la colcha más rameada y llamativa cuando pasa el Santísimo en procesión, o se queman en la plazuela los fuegos de San Telmo.

Y le ofrecieron peces frescos en vasijas de barro cocido, traídas de los alfares rústicos de Buño o de Niño d'Águia, buen vino agrio del país, y una borona recién cocida, con la harina mejor peneirada.

Así los marineros recibieron la imagen y el calor del hombre máximo, y este conoció el sabor de la vida, el aroma de sacrificio que respira el rudo batallar marinero.

* * *

El Caudillo en Cayón es un ejemplo y un símbolo.

La cúspide del poder se inclina hasta tocar la raíz. La gloria desciende hasta la humildad; pero, al propio tiempo, es la exaltación de lo que está abajo, es el encumbramiento, en las categorías del espíritu, de aquello que pareció perder toda categoría como materia, como realidad.

Pero fundamentalmente nosotros vemos, en el acto simple y magno, un homenaje al mar. España, tradicionalmente gobernada por genios de seco, necesitaba romper ese lastre sedentarista. Más allá de las montañas azules, se agita algo más azul y más vivo, más fecundo y más amplio.

En ese plasma inmenso debe abreviar la España fortalecida. Sin la dura lección del mar para la conducta, y la espléndida aportación del mar para el patrimonio, no puede resurgir un país como el nuestro, que sumerge en agua salada los cimientos de su geología y las raíces de su historia.

* * *

La corte no era marinera. Desde Cayón, sí. Hay un derecho a esperarle de la espontaneidad con

que el acontecimiento se produjo, sin bombo ni platillos, sin reporterismos enojosos, sin oficiosidades y casi sin fotografías.

Es decir, humildemente, severamente, marinera-mente.

El mar ha de ser tratado así, con acercamiento íntimo, con abierta comprensión, con eficacia auténtica.

Rudos labradores lo aran. Gentes bravas lo sojuzgan en el artificio de redes y cordeles, que arranca del seno ignoto los presentes magníficos. No saben de retóricas vanas, ni de cumplidas maneras señoriles; pero conocen donde hay amor, donde hay ánimo de servicio, voluntad de rendir y crear.

Sería vano traer a gentes así el rigor de cuadros y disciplinas. El mar es como ellas y ellas son como el mar: bravías, esperanzadas, valerosas, ricas en trabajo y en fé. Por eso son nativamente azules, por eso llevan el color del mar en los ojos, y lo cuajan en los hogares, y llevan su sabor ácido, en la vida.

MAREIRO.



Armadores de España:

Esta Revista debe ser leída a bordo. En sus páginas, el patrón de pesca, los técnicos de navegación y máquinas, los mismos marineros, hallarán siempre algún conocimiento útil para su profesión o conveniente al desenvolvimiento de su cultura.

